

LA EMOTIVIDAD HUMANA EN LA INTEGRACIÓN
DE LA PERSONA EN LA ACCIÓN SEGÚN KAROL WOJTYLA

HUMAN EMOTIVITY IN THE INTEGRATION OF THE PERSON
IN THE ACTION ACCORDING TO KAROL WOJTYLA

Juan Carlos Tuppia

Pontificia Universidad Gregoriana, Roma, Italia

Correspondencia: Juan Carlos Tuppia
Pontificia Universidad Gregoriana.
Piazza de la Pilotta, 4 – 00157 Roma (Italia).
Correo electrónico: jctuppia@gmail.com

LA EMOTIVIDAD HUMANA EN LA INTEGRACIÓN DE LA PERSONA EN LA ACCIÓN SEGÚN KAROL WOJTYLA

HUMAN EMOTIVITY IN THE INTEGRATION OF THE PERSON
IN THE ACTION ACCORDING TO KAROL WOJTYLA

Juan Carlos Tuppia

Pontificia Universidad Gregoriana, Roma, Italia

Resumen

El presente texto se centra en el análisis de la postura de Karol Wojtyla sobre la emotividad humana considerando la integralidad de la persona como un ser somático, psíquico y espiritual. Se revisa especialmente, la obra de Wojtyla, en particular el libro «Persona y Acción», donde el teólogo polaco brinda su más hondas explicaciones sobre la persona como sujeto de acción en la psicología.

Palabras clave: Emotividad, integración, persona, Karol Wojtyla.

Abstract

The present text focuses on the analysis of Karol Wojtyla's position on human emotion considering it as a somatic, psychic and spiritual being. The work of Wojtyla, in particular the book «Person and Action», where the polish theologian gives his deepest explanations on the person as subject of action in psychology, is especially reviewed.

Key words: Emotivity, integration, person, Karol Wojtyla.

Introducción

Con la llegada a la sede de Pedro del hasta entonces un tanto desconocido cardenal de Cracovia Karol Wojtyła, su pensamiento filosófico comenzó gradualmente a difundirse en las diversas lenguas del mundo católico. En España, comenzaron las ediciones de algunas de sus principales obras por la editorial Razón y Fe (Wojtyła, 2012); la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), y posteriormente por Ediciones Palabra. A lo largo de los años del pontificado de Juan Pablo II, fueron apareciendo diversas obras sobre su vida y pensamiento (Buttiglione, 1992; Weigel, 2000) e incluso algunos grupos que han buscado estudiar de manera más detallada los alcances de sus intuiciones filosóficas (Burgos, 2001).

Sin embargo, a pesar del creciente interés por su obra, no se evidencian estudios más detallados sobre un aspecto que nos parece de particular importancia para la comprensión del dinamismo del obrar personal. La ausencia de estudios sobre «La integración de la persona en la acción» (III parte de la obra «Persona y Acción») y más específicamente sobre la emotividad humana (Capítulo VI de la obra), es una realidad que sale claramente a la luz luego de una revisión en las bases de datos. Esta breve y preliminar investigación busca dar un primer paso en esta dirección.

Se considera que esto es relevante, debido al hecho que el mismo Wojtyła menciona muy explícitamente que el dinamismo de trascendencia (en general

más ampliamente estudiado), tiene que entenderse complementariamente con la dinámica de la integración y el análisis de la dimensión somática y psíquica de la persona. Asimismo, se busca hacer una exploración de este tema de la emotividad humana, hipotetizando la importancia que podrían tener estos desarrollos, para las disciplinas prácticas que enfrentan las experiencias concretas de desintegración de la persona (psicología y psiquiatría).

La estructura de este trabajo constará de tres capítulos. En el primero se buscará presentar el concepto de integración de la persona a través de la acción, en su complementariedad básica con el dinamismo de trascendencia. En el segundo capítulo, que será el capítulo central, se explorará con más detalle que la concepción wojtyliana de emotividad humana y su integración en la acción personal. En esta perspectiva se prestará especial atención a aspectos como: la relación psique y soma; la sensación y la consciencia en la vivencia del propio cuerpo; la relación entre sensibilidad y verdad; la especificidad de la conmoción en el marco de la afectividad humana; la distinción entre la emotividad humana y la operatividad personal; y la función integradora de la habilidad.

En el tercer capítulo, se realizará un desarrollo un poco más personal donde se buscará evidenciar algunos posibles aportes del pensamiento de Karol Wojtyła a la comprensión de la psique y la emotividad humana en clave personalológica. Finalmente, se cerrará el trabajo con una sucinta conclusión que ponga el acento,

de manera muy general, sobre el balance que deja el estudio de estas páginas de la obra de Wojtyla.

El P. Styczen, discípulo directo de Karol Wojtyla, decía que para su maestro «filósofo es el que experimenta lo que es como es, y el que trata de entender hasta el final lo que experimenta» (Wojtyla, 1998, p. 129). Es justo decir que el estudio de esta sección de la obra wojtyliana nos ha dejado esta vivencia de profundización seria en el ser que se evidencia en la experiencia consciente de ser persona, llamada por Dios a realizar libremente su propia vocación personal.

El concepto de integración de la persona a través de la acción

Como se mencionó brevemente en la introducción, el título de este capítulo hace referencia explícita al nombre de la parte tercera de la obra de Karol Wojtyla que es va a analizar. Para entender el aporte que brinda el estudio de la dinámica somática y psíquica a la comprensión del dinamismo personal del obrar, es fundamental en primer lugar captar con nitidez como Wojtyla articula la relación entre integración y trascendencia.

Principios fundamentales de la integración de la persona a través de la acción

En la visión unitaria que presenta Wojtyla, existe una relación orgánica de la integración con lo desarrollado en la parte I (Consciencia y operatividad) y la parte II (La trascendencia) de la obra.

El modo específico de esta relación entre integración y trascendencia es descrito por Wojtyla como complementariedad. Retomando los aspectos nucleares de la trascendencia de la persona en la acción (objeto del análisis de los capítulos III y IV), al inicio del capítulo V, Wojtyla nos dice que:

El análisis de la autodeterminación y de la realización nos confirma en la visión de la persona como una estructura dinámica totalmente peculiar; concretamente la estructura de autogobierno y de la autoposesión. Esta estructura separa la persona de la naturaleza, que es ajena tanto al elemento de la autodeterminación, o sea, de la libertad consciente, como a la trascendencia en la actividad que se forma en la persona mediante la libertad y la operatividad consciente. (Wojtyla, 1982a, p. 275)

Teniendo en mente esto, la integración se presenta como un aspecto complementario de la trascendencia. Un análisis agudo de las mismas estructuras de autoposesión y autodomínio, nos conducen a descubrir algo más que la sola trascendencia, ya que esta no agota totalmente la realidad dinámica de la persona. Yo me poseo y me domino a mí mismo, pero también y hasta paradójicamente en un principio, soy gobernado por mí mismo y poseído por mí mismo. «Ser poseído y estar subordinado —ambos en pasivo dice Wojtyla (1982a, p. 276)— son elementos de la misma estructura, de la misma realidad dinámica, que constituyen la persona y la acción». Para Wojtyla, la complementariedad que la integración da a la trascendencia, no es algo secundario pues «la trascendencia

sin la integración se encuentra de alguna manera como suspendida en un vacío estructural» (Wojtyła, 1982a, p. 277). En estas reflexiones se esboza claramente el componente activo y pasivo de la estructura dinámica de la persona ya que no existe *dominio* de sí mismo sin entregarse y *subordinarse* a este dominio.

Esta intrincada realidad de que «la persona actúa» porta una complejidad y tensión no poco significativas. Es la tensión entre la libertad-actividad y la pasividad-dependencia que se da en la experiencia de toda persona. Al respecto, Wojtyła dice: «cada acción encierra en sí una síntesis de operatividad y subjetividad del “yo” humano» (Wojtyła, 1982a, p. 278). Desde ello se entabla una relación entre trascendencia-operatividad e integración-subjetividad que hace afirmar a Wojtyła que la integración sería la realización y manifestación de la totalidad y la unidad sobre la base de cierta complejidad. Se ve ya desde el inicio de este capítulo, que Wojtyła no huye a las paradojas y tensiones que implica el análisis de una realidad tan densa y compleja como el obrar humano en favor de una claridad artificial que constriña el misterio del hombre, sino que intenta entenderlas tal como son y sobre la base de esa complejidad brinda una reflexión que ilumine el camino del ser humano hacia su realización.

La unidad de persona y acción, como unidad dinámica superior con respecto a la unidad y composición psico-física

Puestas las bases para entender cómo se sitúa conceptualmente el fenómeno de

la integración en el dinamismo del obrar personal, Wojtyła se lanza al análisis propiamente dicho de la integración. Para tal fin, vuelve la mirada hacia el fenómeno contrario, el de la desintegración de la persona, fenómeno tan cercano a las disciplinas psicológicas y psiquiátricas que abordan las patologías de la personalidad humana. Este punto de vista existencial (Buttiglione, 1992) ayuda a una primera aproximación fenomenológica a la cuestión y evidencia que a fin de cuentas, la desintegración se revela como una insuficiencia de las estructuras de autoposesión y autodominio. Por ello se percibe a la persona desintegrada como fuera de la normalidad, como ontológicamente persona pero limitada en la actualización de su ser personal.

Presentada esta puerta de acceso al fenómeno de la integración, Wojtyła presenta con más amplitud uno de los puntos nucleares de toda esta III parte. Es importante recordar que siempre la perspectiva de mirada de Wojtyła en esta obra es la de *la persona en cuanto que actúa*, y que es desde allí, que busca analizar y explorar los fenómenos humanos que surgen en la experiencia del hombre. Esta es una idea central que necesita explicarse con cierto cuidado para percibir sus principales alcances y evitar algunos posibles malentendidos.

La unidad *persona y acción* es para el pensador polaco, una unidad superior con respecto a la unidad de la composición psico-somática. Con ello no es que se minusvalore la unidad ilemórfica del hombre, simplemente se acentúa

que «la subordinación del “yo” subjetivo respecto al “yo” trascendente contiene en sí la unidad, y a la vez la composición del hombre como entidad psico-física» (Wojtyla, 1982a, p. 286). Por ello, desde esta perspectiva de unidad superior, Wojtyla entra a analizar la composición somática y psíquica del hombre que considera importante para dar razón en profundidad del dinamismo humano. El trabajo que ha emprendido es el mirar desde las estructuras más superiormente personales (propias de la trascendencia) las otras estructuras, también esenciales en la composición del hombre (lo somático y lo psíquico). Su sensibilidad personalista, lo lleva a captar que «la experiencia total del hombre consiste en que justamente en la acción, el todo psico-somático se convierta cada vez en unidad específica de la persona y la acción» (Wojtyla, 1982a, p. 286). La unidad superior dinámica de la persona y la acción es un nuevo dinamismo que supera (no se opone) a lo meramente natural y lo porta a lo personal. En el dinamismo superior, «los dinamismos propios de la somática y del psiquismo humano participan en la integración, pero no a su propio nivel, sino al nivel de la persona» (Wojtyla, 1982, p. 287). Al respecto de esta potente intuición personalista, Buttiglione (1992) dice:

El método que se propone aquí no puede naturalmente ignorar los resultados de las diversas ciencias ni oponerse a ellas. Proporciona, sin embargo, el fundamento de su integración, que es la referencia a la persona. Fuera de este contexto personalista, los datos de las diversas ciencias

pierden una gran parte de su significación y pueden en el límite, volverse contra el hombre mismo. (p. 187)

La integración de las activaciones psico-somáticas en el dinamismo de la persona y su acción

De esta superioridad personal, se declina la idea de la integración como introducción de las activaciones psico-somáticas en el dinamismo de la unidad de la persona. Según Wojtyla, la unidad dinámica superior no hace que desaparezcan los dinamismos propios del hombre. En este punto, Wojtyla vuelve a traer a colación, la fundamental distinción entre la experiencia *el hombre actúa* y la experiencia *(algo) sucede en el hombre* (Fayos, 2001). La dinámica de la integración de la persona en la acción lleva a introducir las diversas activaciones, propias del dinamismo psico-somático, en la dinámica del hombre actúa, única dinámica específicamente personal. La integración por tanto se puede entender sintéticamente como el paso de la frontera entre el «suceder» y el «actuar». Si no se llega a dar esto, en el hombre persona sólo podría realizarse la subjetividad y no la operatividad. Así, «gracias a la integración, estos dinamismos (psico-somáticos) participan en la auto-determinación, o sea, en la realización de la libertad de la persona humana» (Wojtyla, 1982a, p. 289).

Suponiendo lo anterior, Wojtyla se aproxima a la constitución psico-somática del hombre para intentar captar los dinamismos característicos de estas estructuras.

Así, dialogando con las ciencias particulares que estudian puntualmente el soma y la psique del hombre, se topa con un descubrimiento importante. Lo propio del dinamismo de lo somático es la reactividad y lo propio de la psique es la emotividad. Estos dos dinamismos se encuentran unidos entre sí, se condicionan mutuamente y dependen unos de otros. Este mutuo condicionamiento comporta también una particular tensión en su modo de desenvolverse, ya que por una lado a) se trata aquí sobre todo del condicionamiento de lo psíquico por lo somático y en otro, b) transcurre... del interior al exterior en el sentido inverso (Wojtyła, 1982a). Al respecto, Buttiglione (1992) comentado a Wojtyła clarifica la aparente paradoja diciendo:

Del cuerpo depende el psiquismo, entendido aquí no en el sentido metafísico, sino en el sentido físico y fenomenológico, como una manifestación de las actividades humanas que no tienen carácter material, aunque dependan estrechamente del cuerpo. Por otro parte existe también un condicionamiento inverso que va de lo psíquico al cuerpo. (p. 188)

Wojtyła (1982a) cierra esta sección, dando un rasgo más de esta dinámica integrativa de lo somático y lo psíquico en la experiencia del hombre. Señala que:

La integridad del hombre no consiste únicamente en la presencia en él de todos los elementos propios de la esfera psíquica y de la somática, sino también es un sistema de condicionamientos mutuos que hacen posibles las funcio-

nes propias del hombre, de una y de otra. (p. 293)

Estas ideas son de vital importancia en el pensamiento de Wojtyła, ya que ayudan a entender que la integración de la persona a través de la acción se apoya fundamentalmente en este conjunto dinámico. Pasar por alto esta realidad, sería realizar una reflexión filosófica del obrar humano desencarnada que no dé razón del hecho del hombre como unidad somato-psico-espiritual.

La emotividad humana y su integración en la acción personal

Habiéndose trazado las coordenadas fundamentales de comprensión de la integración en su complementariedad orgánica con la trascendencia, se presentará a continuación lo que más específicamente corresponde al objetivo de este trabajo, que son los rasgos propios de la psique y de la emotividad humana en el más amplio dinamismo de la persona y la acción.

Profundizando en la relación psique y soma

Según Wojtyła, los dinamismos somáticos y psíquicos tienen una importancia muy grande para mostrar la integración. Acá sale al paso, un primer elemento a considerar. El dinamismo psico-somático posee una unidad específica, que Wojtyła advierte que es «una unidad donde aparece con nitidez una composición: unidad de la pluralidad» (Wojtyła, 1982a, p. 320). Aparece una vez más esta

constatación: la unidad que es el hombre, porta cierta complejidad y tensión, que es importante analizar con precisión para entender rectamente la integración de la persona en la acción.

Wojtyla es consciente que para seguir adelante en esta reflexión se hace necesaria una clarificación del término psique. El entonces cardenal de Cracovia, no hace una definición formal del asunto, sino que brinda algunas indicaciones importantes para seguirlo en la reflexión. En primer lugar, plantea que a) no va a entender primariamente psique en sentido metafísico. Después precisa que b) el término está relacionado adecuadamente con el concepto de soma, y en esa correlación procura utilizarlo aquí. Finalmente pone una observación más, diciendo que:

En el concepto de psique y en el de su atributo psíquico se mezclan los elementos de la naturaleza humana y de cada hombre en concreto, que en la experiencia del hombre descubrimos como si estuvieran de alguna manera conectados e integrados con el cuerpo y que, a la vez, no están de suyo en el cuerpo. (Wojtyla, 1982, p. 321)

Se va explicitando con más claridad, la complejidad dinámica de la psique como realidad derivada del cuerpo, pero no reducida al mismo. Aclarando este aspecto, Buttiglione (1992) dice que:

Esta noción de psiquismo ha de ser igualmente distinguida con nitidez de la interioridad del cuerpo, es decir, del conjunto de los procesos vegetativos

internos del organismo. A diferencia de ellos, la actividad psíquica se refleja en la conciencia. (p. 191)

En este primer encuadre del tema, antes de proceder a explorar la emotividad, Wojtyla da una interesante idea de integridad psíquica. Al igual que hay una integridad somática (objeto de análisis de los apartados finales del capítulo anterior), también hay una integridad psíquica que es importante entender en su peculiaridad. Esta no se manifiesta mediante un elemento visible y exterior... no es material del mismo modo que el cuerpo; ya que la psique es irreductible a lo material. Cuando Wojtyla se refiere al interior del hombre no sólo hace alusión a la espiritualidad, sino también al ámbito de la psique. La psique por tanto es interior e irreductible a lo material-corporal, sin embargo se expresa en ello de manera patente (en esta perspectiva se pueden entender los desarrollos hechos con respecto a los temperamentos).

La emotividad como rasgo propio de la psique

Para Wojtyla la emotividad es el rasgo más específico de este dinamismo y de esta potencialidad. Está afirmación central requiere clarificar qué se entiende por emotividad. Según Wojtyla, la «emotividad» y la «emoción» no se refieren exclusivamente a los sentimientos. Para él, «este término tiene un significado más amplio, que se conecta con el mundo rico y diferenciado de las sensaciones y de los comportamientos y planteamientos relacionados con ellas» (Wojtyla, 1982a,

p. 324). Hablamos acá también de impresiones, percepciones, auto-percepciones, intuiciones, presentimientos y sentido, en su acepción de sentido moral o artístico.

En este punto del análisis, Wojtyła acentúa la distinción fundamental entre lo reactivo y lo emotivo. Afirma de modo enérgico que la emotividad no pertenece al cuerpo, es algo distinto del cuerpo y de su dinamismo somático: «La emoción... es un hecho psíquico esencialmente distinto y cualitativamente diferente de una simple reacción del cuerpo» (Wojtyła, 1982a, p. 326). El dinamismo emotivo se funda en la dinámica reactiva del soma y de algún modo está condicionada por ella, pero es esencialmente distinto, lo supera. Siempre en la perspectiva del obrar personal, Wojtyła afirma que «el hombre constituye una unidad compuesta en la que la integración de la acción en la persona conlleva siempre de algún modo todos los elementos psicósomáticos de esa composición» (Wojtyła, 1982a, p. 326). Todo lo anteriormente dicho de la emotividad se cualifica en la respuesta consciente de la voluntad y así se da que «el acto humano es una respuesta consciente a un valor mediante una decisión o una elección. Sin embargo, esta respuesta se aprovecha siempre de alguna manera del dinamismo somático y del psíquico» (Wojtyła, 1982a, p. 327). A este punto de la reflexión, Wojtyła introduce por primera vez en esta parte, la idea de la sensibilidad de la emotividad ante el mundo de los valores. Esto también proporciona material a la voluntad en el momento del acto personal. Lucidamente

resume todo este desarrollo Buttiglione (1992) al decir que:

La emotividad permite sentir los valores de manera espontánea e intuitiva. Gracias al análisis de la emotividad, es posible llegar a una mejor comprensión de la trascendencia de la persona en la acción, que se afirma tanto al trascender la emotividad como al integrarla. (pp. 191-192)

La sensación y la consciencia en la vivencia del propio cuerpo

Wojtyła alcanza a percibir el dinamismo emotivo como una función concentradora de las vivencias. Así afirma que «la trama psíquica de la emotividad transcurre de alguna manera entre la corporalidad y la espiritualidad, sin alejarlas entre sí, sino más bien acercándolas y uniéndolas» (Wojtyła, 1982a, p. 329). En esta categorización, aparece un punto interesante y novedoso de la reflexión de Wojtyła (1982a): la relación entre la emotividad y la espiritualidad. Dice que:

Todo aquello que determina la trascendencia espiritual de la persona... y junto con ello, la capacidad de auto-determinación, evidencia la profunda resonancia que lo emotivo tiene en el hombre... el hombre también alcanza la nitidez de sus acciones gracias a las emociones. (p. 329)

Wojtyła revalora el mundo emotivo, no sólo en sentido de pasiones que perfeccionan el acto humano, sino también en la línea de una experiencia que tiene el

hombre de sí mismo y que lo puede llevar a percibir con mayor claridad y hondura su propio ser y obrar personal.

Para entender un poco más de la trascendencia y alcance de estas intuiciones de Wojtyla en toda la unidad de su pensamiento, vale la pena traer a la colación uno de sus últimos artículos publicados antes de ser llamado a la sede de Pedro el 16 de octubre de 1978, 9 años después de la publicación de *Persona y Acción*:

En la medida en que crece la necesidad de comprender al hombre como persona única en sí e irrepetible, y sobre todo —en todo este dinamismo, propio del hombre, del obrar (del acto) y del acontecer— en la medida en que crece la necesidad de comprender la subjetividad personal del hombre, la categoría de experiencia adquiere su pleno significado, y éste es un significado clave. Se trata, en efecto, de realizar no sólo la objetivación metafísica del hombre como sujeto agente, o sea, como autor de sus actos; se trata de mostrar la persona como sujeto que tiene experiencia de sus actos, de sus sentimientos, y en todo esto de su subjetividad. (Wojtyla, 1998a)

Parece que buena parte de la preocupación de Wojtyla por comprender la dinámica de lo somático y de lo psíquico, responde a esta búsqueda de comprender con profundidad y cuidado la subjetividad de la experiencia humana, para así enriquecer la experiencia de autoconocimiento personal y darle mayor realismo a la reflexión teórica sobre el obrar.

Continuemos ahora el análisis que realiza Wojtyla en esta parte de la obra, para entender más en detalle los principios generales que se acaban de presentar. Para profundizar en la comprensión de la sensación y la consciencia en la vivencia del propio cuerpo, Wojtyla parte del análisis del punto donde más cercanamente se encuentra lo somático y lo psíquico. Encuentra esto en la capacidad de sentir, muy ligada a los estímulos pero capaz de engendrar sentimientos. Luego se topa con otra experiencia nuclear: La subjetividad psíquica y la sensación que se alza sobre la base del cuerpo junto con la sensación y que porta una novedad: está ya incluida en la consciencia. Gracias a este fenómeno, «el cuerpo llega a ser contenido objetivo, y este contenido objetivo llega a la consciencia y se refleja en ella» (Wojtyla, 1982a, p. 231). Por tanto, la sensación constituye una especie de reflejo psíquico sensible de mi propio yo corporal, pero esto no puede hacer olvidar la superioridad de la consciencia en su dimensión reflexiva. La sensación del propio cuerpo es fundamental para captar la subjetividad de mi yo como estructura psicósomática que es, pero a su vez está subordinada a la estructura superior de la persona, de su consciencia y de las dinámicas de trascendencia.

Sensibilidad y Verdad

«El hombre no sólo siente su propio cuerpo, sino que también se siente de modo más integral, siente lo que constituye su propio yo y su dinamismo» (Wojtyla, 1982a, p. 235). Wojtyla se pronuncia claramente contra una

reducción de la emotividad a la sensibilidad. En esta línea dice que «el hombre no solo siente su propio cuerpo o, más en general, los cuerpos, sino que también tiene una cierta sensibilidad estética, religiosa o moral, esto significa que el elemento emotivo responde de alguna manera también a la espiritualidad del hombre y no solo a su sensibilidad» (Wojtyła, 1982a, p. 236). En este punto, Wojtyła abre problemas antropológicos y epistemológicos motivo de debates intensos. De hecho, una lectura parcial de estos fragmentos podrían llevar a una exégesis emotivística del pensamiento de Wojtyła. Para entender con fidelidad su pensamiento y su postura al respecto, se presenta como esencial mostrar qué entiende él por sensibilidad y su indelible referencia a la verdad.

Siguiendo textualmente algunas frases de Wojtyła, se puede llegar a una comprensión clara de la sensibilidad como «propiedad específica del hombre de sentir y percibir que o conforma en sí misma una función cognoscitiva propia o, por lo menos, interviene en esa función. (...) Indica la concreción de la función cognoscitiva en un campo determinado y su intuitividad, y por lo tanto indica la propiedad de la que gozan los sentidos para captar las llamadas cualidades sensibles» (Wojtyła, 1982a, p. 236). Se trata por tanto de las diferentes direcciones intencionales del sentir humano, profundamente radicadas en la vida espiritual del hombre. «La sensibilidad pone de manifiesto más bien únicamente aquello que “sucede” en la persona como sujeto que posee

la potencialidad emotiva y exige una integración desde este punto de vista. (...) Tiene principalmente un carácter receptivo y no activo. Y por eso exige la integración» (Wojtyła, 1982a, p. 237).

Habiendo precisado que cosa es la sensibilidad, Wojtyła presenta la referencia de ésta al valor. Para explicar y precisar la relación que se entabla entre ambas realidades, Wojtyła afirma que:

Cada una de las sensaciones está dirigida a un acto en el propio sujeto o fuera de él, pero siempre con esa «inclinación hacia el valor», con ese rasgo calificativo, que tan nítidamente aparece en las percepciones del propio cuerpo. (Wojtyła, 1982a, p. 237)

Acá se precisa la distinción con la postura de Max Scheler, que Wojtyła presenta como aquella que sostiene que el único contacto con los valores es a partir de las emociones (Wojtyła, 1982b).

Por tanto, no basta la vivencia de los valores basada en la integración de las sensaciones en la consciencia. «Para la trascendencia de la persona en la acción se precisa, además la integración en la verdad» (Wojtyła, 1982a, p. 238). Es necesaria la penetración en la verdad para que haya trascendencia y por tanto también verdadera integración. Se esbozan por tanto dos niveles de integración jerárquicamente entendidos: a) la integración de las sensaciones en la consciencia y; b) la integración de ese nivel sensitivo en la verdad, que es decisivo para la persona y la acción. Al respecto de esto último,

Wojtyla precisa que «el hombre que tendiera hacia un valor única y exclusivamente siguiendo sus sensaciones y percepciones, se situaría en el interior del ámbito de lo que exclusivamente sucede en él, y no sería plenamente capaz de autodeterminación» (Wojtyla, 1982a, p. 239). La distinción entre estos niveles, le permite a Wojtyla decir que a veces se tiene que actuar en función de la verdad aunque la experiencia emotiva sea tenue o imperceptible, salvando así una objetividad ética de fundamental importancia (Juan pablo II, 1993). Sin embargo, esta concepción jerárquica no le quita importancia a la percepción de los valores. Wojtyla es muy consciente que sin ellos la vivencia humana se empobrece y no alcanza un nivel de vitalidad propia del ser personal; pero justamente para rescatarla e integrarla rectamente en el dinamismo del obrar personal debe entenderse la compenetración de ella con la verdad.

La especificidad de la conmoción y la afectividad humana

En el estudio de la emotividad, Karol Wojtyla se topa con una esfera que descubre que debe analizar aparte. Es la realidad de la conmoción humana, hecho subjetivo diverso a la excitación. Al respecto, Wojtyla (1982a) dice que «la conmoción sucede en el hombre-sujeto de manera parecida a la excitación pero podemos distinguir entre sí las diversas clases de pasiones *animae*» (pp. 345-346), es decir, la excitación se presenta como más próxima a la parte sensible, mientras la conmoción más lejana, aunque ambas están acompañadas de una

reacción somática. Esta sutil pero importante distinción, lleva a Wojtyla a afirmar que la vivencia de la conmoción, expresa más claramente la pura emotividad, la activación de la psique en sí misma. Por ello, en la vivencia de muchas conmociones, las sensaciones corporales de alguna manera ceden el lugar a las espirituales. Eso hace que las conmociones estén más estrechamente ligadas a los trascendentales del ser (belleza, verdad y bien; sobre todo los ligados a la conciencia moral) que impactan la subjetividad humana.

En este contexto Wojtyla descubre que la conmoción es el núcleo emotivo de la emocionalidad humana. Se genera así una dinámica de irradiación interior, desde esos núcleos emotivos que generan vivencias emocionales únicas e irrepetibles. Wojtyla (1982a) afirma tajantemente que la diferencia entre conmoción y excitación no sólo se da a nivel de grado, ya que «los componentes de las reacciones somáticas que acompañan a la conmoción parece que también son distintos de los que acompañan a la excitación» (p. 349). Se presentan, entonces dos niveles muy diversos, donde la vida afectiva (conmoción) lleva en sí misma la posibilidad de una cierta sublimación (entendida ésta como el paso de un nivel a otro). Así se puede llegar a una idea de profundidad en la interioridad del hombre-persona, no en sentido material sino bajo la perspectiva de centro y periferia.

La emotividad humana y la operatividad personal

Con todo el material fenomenológico recopilado, Wojtyla presenta en este

acápite la idea neurálgica de todo el capítulo VI. Las vivencias emocionales, en toda su amplia gama de matices, suceden en el hombre (Fayos, 2001), tiene de base una espontaneidad. El dinamismo emotivo tiene una cierta operatividad que es propia de la psique. Wojtyła (1982a) dice al respecto que la emotividad significa precisamente esa espontánea operatividad del psiquismo humano. Así el hombre experimenta por su dimensión emotiva que «hago sucede con él», y esto lo abre a una especial tarea que cumplir, dado que como persona le corresponden la autoposesión y el autodomínio.

Este es el momento crítico y fundamental de la integración de la persona en la acción. Wojtyła (1982a) dice que la tensión natural que genera la operatividad emotiva «no significa de ninguna manera que por sí mismos los sentimientos o las pasiones determinen la desintegración» (p. 352). Con esta afirmación, el cardenal polaco se distancia claramente de una aproximación ética de corte estoico o kantiano y vuelve a mostrar con claridad la valoración positiva del componente psicosomático en el dinamismo del obrar. La tensión ya antes mencionada se presenta como una vivencia positiva con un papel creativo. Conducen al hombre-persona, a una peculiar tarea de integración. Esta tensión es un momento clave de la personalidad y de la moralidad. Desde esta original aproximación, Wojtyła hace una relectura de la tradición clásica, no sólo en términos de tensión entre el *appetitus rationalis* y el *appetitus sensitivus*, sino como tensión entre diversas operatividades (lo cual

acentúa más claramente lo propio de la persona). Este esfuerzo de integración se constituye así en el trabajo más específico de la interioridad del hombre.

El acontecer emotivo es fugaz, pero manifiesta su característica tendencia a enraizarse en el yo subjetivo. Así cuando un sentimiento pasa a ser un estado psíquico, aparece con él una forma interna del hombre. Estas formas se estructuran como elementos esenciales de la vida humana y es aquí donde el suceder y la autodeterminación se encuentran particularmente cercanos entre sí. Esto evidencia la potencia de lo emotivo, que siendo pasivo puede llegar a arraigarse de tal manera en la estructura de la persona que condicione de manera significativa su operatividad personal. Acá se esboza el problema de la emocionalización de la voluntad y el peligro del subjetivismo, cuando la subjetividad prima sobre la operatividad personal. En esta línea, Wojtyła (1982a) afirma que «estructuralmente, el subjetivismo significa la preeminencia de la subjetividad sobre la operatividad, en cierto modo la preeminencia de la inmanencia psíquica sobre la trascendencia personal en el actuar» (p. 354). El balance equilibrado y realista de Wojtyła, lo lleva a ver la emotividad con sus riesgos de subjetivismo desintegrador y sus potencialidades de integración personal.

La emotividad puede disminuir la distancia entre el «yo» subjetivo y el operativo; hasta cierto punto puede imponer a la voluntad su universo de valores, pero no es tan solo un obstáculo para la integración

de la persona en la acción. Más aún, esa integración es posible y entonces la emoción proporciona una particular nitidez a la operatividad y, junto con ella, a toda la estructura personal de auto-dominio y de autoposesión. (Wojtyla, 1982a, p. 255)

La función integradora de la habilidad

Wojtyla termina de delinear el cuadro de la integración de la persona en la acción, con la referencia explícita al plano ético. Plantea así la siguiente tesis: «todo el dinamismo emotivo lleva consigo una cierta orientación espontánea que conduce al hombre hacia la relación claramente antagónica entre el bien y el mal» (Wojtyla, 1982a, p. 361), no sólo en sentido de la autoconservación y del impulso sexual, sino al esencial núcleo de la inclinación hacia el bien y el mal propio de la naturaleza humana. La integración de las distintas operatividades anteriormente descritas, con toda su riqueza y complejidad, sólo se da por medio de las habilidades, que desde el punto de vista ético reciben el nombre de virtudes. Sin moralidad no hay manera de entender a la persona y al dinamismo de su acción.

Las virtudes brindan a la persona la posibilidad de realizar la estructura personal sobre la base de la subjetividad psíquica, acogiendo así la energía emotiva propia de la psique en servicio de la operatividad personal.

La energía emotiva oportunamente asimilada fortalece notablemente la energía de

la voluntad misma. Esto es tarea y obra de la habilidad. Por este camino se alcanza gradualmente algo más aún: gracias a las habilidades de diversos campos la voluntad puede acoger y hacer suya de modo seguro la espontaneidad que es propia de los sentimientos y de toda la emotividad en general. También es una de las características de la habilidad gozar de un cierto grado de espontaneidad, que no es originaria, sino alcanzada a través de ese proceso continuo que denominamos trabajo sobre uno mismo. En cuanto a la referencia a los valores, este proceso de integración perfecciona la propia psique y conduce gradualmente a la voluntad, guiada por la luz del conocimiento intelectual, para que, en la referencia espontánea a la emoción, o sea, en la atracción o repulsión espontánea, sepa acoger y elegir lo que es verdaderamente bueno. Y sepa también rechazar lo que es verdaderamente malo. (Wojtyla, 1982a, p. 364)

La aproximación de Wojtyla recoge los aportes de la tradición aristotélica tomista sobre el crecimiento ético del ser humano y, dando un paso adelante, se preocupa por mostrar la dinámica que se instaura en relación con las fuerzas emotivas del sujeto. Desde esta comprensión de lo emotivo en relación orgánica con la virtud, se plantea el horizonte de la educación de la voluntad a través del ejercicio de las virtudes como un camino de plenitud personal. A la base de esta educación, se encuentra una mirada que rechaza sistemáticamente tanto el emotivismo ético como la represión moralista de la vida psíquica que podría conducir a un voluntarismo sin adhesión afectiva

(Olaechea, texto inédito). En palabras de Buttiglione:

Al favorecer la conversión de la excitación en emoción profunda y la formación de cristalizaciones emocionales apropiadas e incluso en estados emotivos, la voluntad puede conducir al verdadero bien al utilizar la atracción espontánea o la repulsión que se manifiestan en las emociones, las ilumina y las corrige. En esta esfera, es decir, en la esfera moral, la integración dura hasta la muerte y es, en cierto sentido, la tarea de la vida: tarea mediante la que la persona se engendra o se crea a sí misma. (Buttiglione, 1992, p. 196)

Aportes del pensamiento de Karol Wojtyła a la comprensión de la psique y la emotividad humana en clave personalológica

Se ha presentado en los dos capítulos precedentes, la comprensión que Wojtyła tenía sobre (a) la dinámica de la integración de la persona y (b) lo propio de la psique y de la emotividad en la más amplia unidad dinámica de la persona y su acción. En este último capítulo se buscará extraer de todo el material teórico presentado, cuatro puntos que podrían ser de interés y relevancia para una ulterior reflexión personalológica de la psique y la emotividad humana. Estos aspectos no buscan ser excluyentes de otros muchos que podrían extraerse de la obra de Wojtyła. La selección de estos aspectos, brota de la meditación personal de los textos referenciados en este trabajo y del diálogo entablado con algunos autores conocedores del pensamiento

de Karol Wojtyła, tales como Josef Seifert, P. Massimo Serretti, Massimiliano Pollini, Juan Manuel Burgos, Rodrigo Guerra, P. Jorge Olaechea, P. Juan José Sanguinetti y P. Krzysztof Guzowski.

La psique (emotividad) como ámbito personal de encuentro entre lo corporal y lo espiritual

La psicología y la psiquiatría desde sus distintos enfoques teóricos y campos de aplicación, centran la atención sobre la psique como dimensión específica de investigación teórica y trabajo práctico. La existencia de estas disciplinas y su relevancia en el mundo actual conducen a repensar la antigua problemática filosófica y antropológica de precisar la naturaleza de la psique dentro de la unidad del sujeto humano (Seifert, *s/f*; De Lubac, 1978). Desde un enfoque original, no tan ligado a lo que hoy se llama filosofía de la mente (Paternoster, 2010), Wojtyła aborda la psique para entender la unidad superior de la persona y su acción. Y es allí donde se topa con que «la trama psíquica de la emotividad transcurre de alguna manera entre la corporalidad y la espiritualidad, sin alejarlas entre sí, sino más bien acercándolas y uniéndolas» (Wojtyła, 1982a, p. 239).

Estas incipientes intuiciones del autor polaco, se muestran particularmente interesantes, ya que conducen a: a) una valoración y distinción real de la psique con su propio dinamismo y operatividad; y b) una visión del ser humano como ser espiritual, pero encarnado y por ello necesitado de comprender su dinamismo

psicosomático para realizar la peculiar tarea de la integración. Con todo ello, c) se salvan los aspectos espirituales del hombre, siempre trascendentes pero necesitados de integrarse orgánicamente en la unidad persona y acción.

Podría ser fecundo pensar un modelo psicoterapéutico (psicológico y psiquiátrico) desde esta concepción de lo emotivo, ya que puede servir de matriz teórica para integrar en su complejidad lo somático (neurociencias actuales), lo psíquico y lo espiritual en vistas de la realización de la persona humana en su acción.

La emotividad en su dimensión personalizante y en su necesidad de personalización

Se ha concluido en el punto anterior que a nivel más estructural, la psique y su dinamismo propio (la emotividad) juegan un papel de eje de la persona como unidad compleja. A un nivel más dinámico, el sexto capítulo de la obra *Persona y Acción* muestra a la emotividad como dimensión que enriquece el ser personal, ya que le da vitalidad existencial a la experiencia de yo. Pero al mismo tiempo, se presenta como aspecto de la vivencia humana que necesita ser portado al nivel de la operatividad personal por medio de las estructuras que realizan la trascendencia.

En otras palabras, la emotividad se presenta como una dimensión un tanto paradójica y contrastada que en un sentido personaliza ya que hace que el hombre se experimente con nitidez

personal; es decir como una unidad psicossomática que es un yo; y en otro sentido necesita de la personalización (en sentido más propio) que consiste en el paso del *actus homini* al *actus humanus*, en el elevamiento de lo sucede en el hombre con toda su vitalidad existencial a lo que “el hombre actúa” por medio de la autodeterminación y el autodomínio. Es en medio de la tensión armónica entre estas experiencias, donde la emotividad humana está llamada a desenvolverse, personalizando y siendo personalizada constantemente.

La moralidad como aspecto personalizador de la emotividad humana

Lo dicho en el punto anterior, sería ininteligible en la perspectiva de Wojtyla sin la referencia a la moralidad como rasgo constitutivo del ser personal. La personalización de lo emotivo se puede dar por el hecho que las estructuras de trascendencia en la persona apuntan al bien y a la verdad. Lo moral no es por tanto en la visión de Wojtyla una estructura externa que corresponde interiorizar para el buen funcionamiento de sociedad, ni un formalismo ético que se debe seguirse fríamente, ni un impulso esencialmente emotivo.

La sentencia «desde el principio de este estudio hemos mantenido la posición de que la moralidad determina de la manera más esencial la humanidad y la persona» (Wojtyla, 1982a, p. 363) no es para Wojtyla solamente un marco teórico de referencia, es una convicción profunda que informa

todo el análisis de la persona y su acción. Por ello, Wojtyła concibe la emotividad como orientada estructuralmente hacia la esfera axiológica y que tiene necesidad de las virtudes para alcanzar su fin propio.

Este renovado ensayo de integración de lo emotivo en un horizonte de objetividad que valora la subjetividad pero subordinada a la trascendencia, presenta a Wojtyła como un autor de síntesis entre la antropología clásica de corte tomista y el pensamiento personalista propio del siglo XX. De hecho, él mismo dice en un artículo publicado 12 años antes de *Persona y acción*:

Sería fácil dejarse llevar por la ilusión de que es mejor construir la ética a partir del análisis de la sola consciencia. Es decir, si es moral lo que es consciente, el análisis de la conciencia descubriría lo moral, todo lo que constituye el contenido de la ética (...) El análisis exclusivo de la conciencia nos conduce simplemente al descubrimiento de los contenidos de la conciencia como tal. En cambio, el bien moral no es tan sólo el contenido de la conciencia, sino que, al mismo tiempo y sobre todo, es la perfección del ente consciente. La perfección del ente sólo puede ser entendida desde el análisis del ente mismo. Los sistemas éticos de Kant y de Scheler han perdido el aspecto perfectivista porque han separado a la conciencia humana del ser humano objetivo (...) El perfectivismo, nacido de los presupuestos realista de la filosofía del ser nos permite ver un hombre integral en la raíz tanto de la norma

como de los valores. En esto consiste su intocable posición en la ética. (Wojtyła, 1998b, pp. 151-152)

La apertura de la emotividad al horizonte teologal. La tesis de la centralidad de la distinción entre naturaleza y persona

En diversos pasajes que se han analizado —y en otras partes de la obra (sobre todo los números 4 y 5 del capítulo II)— se ha hecho patente la distinción que tiene en cuenta Wojtyła entre naturaleza y persona. Serretti (2008) e Pollini, definen la tesis que dice que:

Lo que es necesario en primer lugar recalcar, es la profunda raigambre de la antropología filosófica Wojtyliana en la noción teológica de persona: La tesis consiste en el sostener que el antiguo nexa «phisis-hipostásis» representa la sólida base de la reflexión antropológica desarrollada por Wojtyła en *Persona y Acción*. (Pollini, Texto inédito)

Esta sugerente tesis, porta el tema de la operatividad psicosomática al interior de la reflexión cristológica de la milenaria tradición de pensamiento católico. Teniendo en cuenta a) la activa participación del Cardenal Wojtyła en la elaboración del Esquema XIII, que luego dio lugar a la *Constitución Pastoral Gaudium et Spes* (Buttiglione, 1992) con su marcado cristocentrismo (Ladaria, 2007), b) la cercanía histórica entre el evento conciliar y la publicación de la obra *Persona y Acción*, y c) la constante referencia en el magisterio pontificio de Juan Pablo II

al numeral 22 de la constitución antes citada; parece razonable pensar que se podría plantear una comprensión de la emotividad humana relacionada a una perspectiva cristológica de persona.

Esta apertura al horizonte teologal puede ser de particular interés en el planteamiento de una psicoterapia de base y perspectiva católica que sea capaz de integrar la dimensión fenomenológica existencial (experiencia y subjetividad), ética (obrar personal) y mística (la acción de la Gracia en el interior de la persona) en una mirada unitaria que no anule ni la complejidad, ni la distinción de cada uno de estos aspectos.

Conclusión

El trabajo de lectura, análisis y reflexión realizado en torno a la tercera parte de la obra de Karol Wojtyła *Persona y Acción*, evidencian la riqueza, novedad y vigencia del pensamiento del autor polaco en el campo de la antropológica filosófica y la ética. Considero que parte importante de la potencia del pensamiento de Wojtyła con respecto a la emotividad humana radica en el uso de una metodología que integra orgánicamente a) una sólida base metafísica de herencia tomista con b) una cuidadosa exploración fenomenológica de la experiencia existencial subjetiva manifestada en la consciencia, en la comprensión de la persona y su dinamismo de operatividad personal.

Vale la pena también resaltar el fuerte sentido de unidad que para Wojtyła tiene la persona y su dinamismo operativo. Las casi cien páginas de fino análisis de la dimensión somática y psíquica de la persona —que se ha intentado presentar en este trabajo— evidencian la radicalidad e importancia que tiene para el autor entender al ser personal humano como unidad somático-psico-espiritual, para desde allí tener una mirada nítida de su obrar personal.

A lo largo del estudio y meditación de esta parte de la obra de Wojtyła, se ha hecho cada vez más evidente lo pertinente que pueden ser estos análisis y propuestas, como insumos para la elaboración de un marco teórico (antropológico y ético) que de sustento a la praxis dé un quehacer psicoterapéutico (psicológico o psiquiátrico) realista, existencial y abierto a lo sobrenatural entendido en perspectiva católica.

Finalmente, queda como tarea para futuras investigaciones, explorar más a fondo los análisis de Wojtyła sobre la emotividad humana en sus otros escritos; sobre todo en aquellos referidos más específicamente al amor humano y la intersubjetividad (Wojtyła, 1978, 2009). Considero que esto sería interesante para tener una tener mirada más amplia del asunto en el pensamiento del autor y para evidenciar con más detalle la dimensión dialógica-comunional de la emotividad humana en la perspectiva wojtyliana.

Referencias

- Burgos, J. M. (Ed.) (2001). *La filosofía personalista de Karol Wojtyła*. Madrid: Ediciones Palabra.
- Buttiglione, R. (1992). *El pensamiento de Karol Wojtyła*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- De Lubac, H. (1978). L'antropologia tripartita nella tradizione cristiana. En *Mistica e mistero cristiano* (pp. 41-166). Milano: s/e.
- Fayos, R. (2001). La tendencia sexual humana. En J. M. Burgos (Ed.), *La filosofía personalista de Karol Wojtyła* (pp. 87-94). Madrid: Ediciones Palabra.
- Juan Pablo II (1993). *Encíclica Veritatis Splendor*. Lima: Epiconsá.
- Ladaria, L. F. (2007). *Jesucristo, Salvación de todos*. Madrid: San Pablo.
- Olaechea, J. (Texto inédito). *La persona y la relevancia de su dinamismo de integración para la terapia psicológica*. Conferencia del Congreso La persona e il personalismo nel pensiero di Karol Wojtyła, 24 y 25 de octubre de 2013, Lublin, Polonia.
- Paternoster, A. (2010). *Introduzione alla filosofia della mente*. Laterza: Lecce.
- Pollini, M. (Texto inédito). La drammatica di «persona» e «natura» nella filosofia dell'uomo di Karol Wojtyła. Conferencia del Congreso *La persona e il personalismo nel pensiero di Karol Wojtyła*, 24 y 25 de octubre de 2013, Lublin, Polonia.
- Seifert, J. (s/f). *The body and mind problem in the The Body-Mind Problem in Contemporary Philosophical Discussion. A Critical Analysis*. (Versión digital proporcionada por el mismo autor).
- Serretti, M. (2008). *L'uomo è persona*. Roma: Lateran University Press.
- Weigel, G. (2000). *Testigo de esperanza*. Barcelona: Plaza & Janes.
- Wojtyła, K. (1978). *Amor y responsabilidad*. Madrid: Razón y Fe.
- Wojtyła, K. (1982a). *Persona y acción*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Wojtyla, K. (1982b). *Max Scheler y la ética cristiana*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Wojtyla, K. (1998a). *El hombre y su destino*. Madrid: Ediciones Palabra.

Wojtyla, K. (1998b). *Mi visión del hombre*. Madrid: Ediciones Palabra.

Wojtyla, K. (2009). *El don del amor*. Madrid: Ediciones Palabra.

Wojtyla, K. (2012). *Amor y Responsabilidad*. Madrid: Razón y Fe.

Recibido: 20 de abril del 2016

Aceptado: 26 de setiembre del 2016